LAS MURALLAS DE PAMPLONA

LAS murallas o recinto murado cuyo derribo acaba de inaugurarse con tanta solemnidad, fué terminado en el siglo XVII. Anteriormente existían otras muy distintas fortificaciones, como eran también distintos los límites, forma y carácter de la Ciudad.

Sin aventurarnos por los nebulosos senderos de inaceptables conjeturas en épocas en que se pretende sustituir en fantásticos e inverosímiles nombres el primitivo y castizamente euskérico de Iruña con que siempre se la ha conocido, empezaremos por fijarnos en los tiempos de la dominación romana, de cuya época hay relatos más verosímiles e interesantes.

Ninguna relación, sin embargo, que dé impresión más precisa y exacta que la contenida en el libro que en 1882 publicó el diligente y erudito historiador D. Nicasio Landa con el título «Los primeros cristianos de Pompeyópolis».

Decía así este notable docto investigador:

«Aunque esta ciudad, favorecida por Pompeyo Magno y sus hijos, se vió después de las rotas de Farsalia y de Munda, huérfana de sus patrones, mientras que el de Cesárea Augusta (Zaragoza), su vecina, triunfaba como Señor del Universo, todavía conservaba restos importantes de su anterior grandeza y las aspiraciones que por mucho tiempo vió alhagadas con la esperanza del triunfo.

»Tampoco había renegado de sus protectores y aun cuando la suerte de las armas les fué adversa, pudo decir como Catón, poniéndose

orgullosamente al lado del vencido, Victris causa Diis, sed victa Catoni; levantado espíritu y noble fiereza que persiste en esa ciudad a través de los siglos.

»En el edificio de sus Thermas, situado donde es hoy la calle de la Curia, no tan grandioso ciertamente como los de Diocleciano o de Caracalla, en Roma, pero sí tan bueno como en Pompeya y otras capitales de provincia, se reunían a pasar las horas más calurosas del día los habitantes principales de Pompeiopolis y la juventud de sus Familias Patricias. Después de pasar por el atrium, anchuroso patio con su abertura superior *(impluvium),* que correspondía a un estanque en el suelo *(compluvium)en* cuyo derredor había bancos de piedra donde esperaban sentadolos esclavos y los clientes pobres, se pasaba al apodyterium, donde se desnudaban los bañistas, dejando sus ropas al cuidado de los empleados de las Thermas, quedando envueltos tan sólo en blanca sábana *(pallium),* que llevaban con el embozo terciado segun a los oradores aconseja Quintiliano para darse aire más esbelto y majestuoso *(brachium veste continera).*

»Era ese apodyterium un vasto salón cuadrilongo de marmol, cuyo pavimento de mosaico menudo *(pavimentum-vermiculatam)* de cuadritos de un centímetro por lado, formaba con negro y rojo líneas curvas sobre fondo blanco. Destácabase en el centio un precioso medallón que, con piedras de todos colores, representaba un artístico grupo de dos gladiadores luchando en el momento en que uno hace sucumbir al otro. En los ángulos se dibujaban, en negro, tritones y caballos marinos y todo alrededor corría una orla formando muros, puertas y torreones, queriendo imitar, acaso, al pavimento mosaico que en el templo de Rómulo y Remo, en Roma, representaba el plano de la ciudad por antonomasia. En uno de los testeros se ostentaba sobre un zócalo de mármol el busto del fundador de las Thermas, del gran Cneo Pompeyo. Los muros estaban pintados con paisajes y una teoría de delfines y monstruos marinos corría a lo largo de la cornisa. En el fondo se abrían dos puertas con jambas de mármol, una de las cuales conducía al tepidarium o baños calientes y la otra al frigidarium o de agua fría. Contiguo, pero con entrada independiente, se hallaba el baño de las damas romanas.

»En ese vasto y lujoso salón del apodyterium se filtraba tenue la luz por una abertura del techo, cerrada con cristales irisados, y se sentía una grata sensación de frescura.

»Juntabanse allí al mediodía, como hoy lo hacen en los casinos, los principales ciudadanos pompeionenses; desnudos algunos, pero envueltos en su blanco pallium, hacían espera para penetrar en el frigidarium, otros en el mismo traje salían del tepidarium, mientras que los que ya se habían bañado y vestido, descansaban en aquella sala, que hacía las veces de la exedra de las Thermas romanas, donde se escuchaba declamar a los poetas y disertar a los retóricos.

»En el lugar que hoy ocupa la iglesia de San Cernin, se alzaba entonces el templo de Diana, cuya dorada cúpula brillaba entre un bosque de sombríos cipreses, consagrado a los misterios de aquella divinidad. Grande era la veneración en que lo tenían los paganos pompelonenses, y mucha la fama de los oráculos, que allí daba la Diosa, a quien consuitaban para todos los actos importantes de la vida.

»Junto a ese bosque se extendía una planicie con alto escarpe sobre el río, en la cual se celebraba el mercado de ganados, y en ciertos días de cada mes, veíase allí extraordinaria concurrencia. La extensa llanura era un campamento de aquellos montañeses vascos que los romanos tenían por bárbaros, y bien lo parecían con las largas guedejas que caían lacias a los lados de su atezado rostro; vestidos de pieles, con el hachacolgada en la cintura y la makila en la mano; calzados con la carbatina, que era una piel sujeta con correas que subian cruzando hasta media pierna, exactamente igual a la abarca que hoy usan todavía. La mayor parte de ellos tenían, bajo los brazos, corderillos vivos que ofrecían a los compradores de la ciudad. Otros los traían muertos y desollados, colgando de un palo. Algunos habían traído manadas de caballos salvajes de la raza montañesa, de pequeña alzada y largas crines, que indómitos y marcados a veces en la grupa por los dientes del lobo, eran examinados por los jóvenes patricios, que buscaban entre ellos *guadrigas* o troncos de cuatro iguales para sus curriculi (coches).

»Más tranquilos estaban los que habían traído bueyes ya habituados al yugo, que eran examinados por los labradores de la ciudad; pero también aquí se suscitaban apuestas cuando las parejas de bueyes se ponían a arrastrar una enorme losa que al efecto había perforada, para poder sujetarla al yugo con un cable; estos ejercicios de fuerza atraían mucha concurrencia y se celebraba el triunfo con grandes aclamaciones de los gananciosos en las apuestas.

»Un tanto alejados de este tumulto se colocaban en una pequeña colina (la del Consejo) centenares de montañesas, que en cestas de mimbre ofrecían a las siervas de Pompeïopolis, huevos, pollos y gallinas. Cerca de ellas se veían también sentadas en larea fila y apiñadas unas junto a otras cual tímido rebaño, cuadrillas de jóvenes montañesas, de tez moreno-mate y ojos azules de expresión serena; cuya cabellera caía en largas trenzas sobre su espalda;vestidas con largas túnicas de lino, descalzas de pie y pierna, todas estaban armadas de brillantes hoces, semejantes a otras tantas Velledas o vírgenes profetisas de Germania. Ellas bajaban de sus montañas para segar las mieses de la tierra llana y los labradores ricos de las cercanías y los mayordomos dispensatores de las familias patricias, ajustaban sus servicios por cuadrillas. Aunque no con igual objeto, andaban cerca de este grupo algunos legionarios romanos luciendo sus brillantes galeas, requebrando en latín a las segadoras que, no entendiéndoles palabra, les increpaban en su lengua ibérica de que, a su vez, se quedaban ellos en ayunas.

»En diversas partes del campo de la feria, el humo de las hogueras y el olor penetrante del aceite que hervía en grandes calderos, señalaba los puestos de los vendedores de comestibles *(taberæ deversoriæ),* donde se freían buñuelos *(crustulæ)* de harina con miel y queso *(tyobutina),* siempre rodeados de muchachos, así de la ciudad como del campo.

»Entre el continuo rumor de aquella barahunda de voces y gritos y relinchos, se destacaba a veces la trompeta del prœco o pregonero municipal, que con voz estentórea anunciaba los espectáculos públicos, con la advertencia, para los que temieran el calor, de que se regaría el local y habría toldo (sparsiones, vela erunt); en el fondo se escuchaba la música dulce de una vasca tibia, cuyos sonidos alegraban el corazón de las montañesas.

. . . . . .

»La ciudad de Pompelo ocupaba entonces mucha más extensión de la que hoy tiene, y aun se cree que llegara hasta más allá de Villava, por haberse encontrado en término de Arre las dos inscripciones en bronce en que renuevan su amistad con la República Pompelonense las familias de Publio, Sempronio, Taurino Damnitano y Lucio Pompeyo. Pretendía estar asentada, como Roma, sobre siete colinas, y en la más elevada de ellas (donde está hoy la Catedral) se alzaba el Capitolio.

»Los barrios extremos o suburbios muy extensos, eran de casas pequeñas o tugurios, donde vivía la gente artesana y los labradores con sus ganados y rebaños; allí se hablaba mucho la lengua euskara, pero en los barrios céntricos, donde se empleaba el latín, la edificación era más suntuosa. Las casas principales se habían construido conforme a las regias de Vitruvio, algo modificadas a las exigencias del clima frío, que no consentía, en la mayor parte del año, la vida al aire libre.

V. IÑIGUEZ

(Continuará.)